

¿Qué tiene para decirnos la Biblia hoy?



Por Alejandra Montamat

Estudio Nro. 4

EL SUFRIMIENTO HUMANO

DE JOB A JESÚS

Job 15:1-19:29

Introducción

En este segundo ciclo de diálogos, tomarán la palabra nuevamente Elifaz y Bildad, quienes vuelven a insistir en que semejante tragedia en la vida de su amigo sólo puede ser el fruto del pecado; el resumen de sus discursos es que sólo los malvados sufren y Job rechaza nuevamente esa explicación. Leer Job 16:2,3 y 17.

Ciertamente los amigos de Job reconocen y declaran verdades que no debemos ignorar: que la humanidad sin Dios sufre un juicio moral de consecuencias más funestas que las producidas por las calamidades físicas; dirá Pablo en el Nuevo Testamento que la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres y que ésta no se manifiesta en catástrofes sino en el abandono de Dios a sus propias pasiones e iniquidades (Ro 1:21-32).

Pero ante la insistencia de Job en su inocencia sus amigos cambian el tono de su discurso y perdiendo la calma y compasión inicial tornan su lenguaje en otro más hiriente haciendo énfasis en el juicio de Dios sobre los inicuos. Si las consolaciones de Dios que presentaron a su amigo si éste se arrepentía no le convencieron, entonces los terrores de Dios lo harían recapacitar. Así también resultó inoperante la predicación sobre la majestad de Dios y la indignidad del hombre sin mencionar la gracia de Dios y sus propósitos llenos de misericordia.

Será Job quién recuerde esta gracia al exclamar en el capítulo 16 verso 19 “En los cielos está mi testigo, mi defensor; ahora mismo mientras mis amigos no comprenden, hay Alguien que comprende todo y podría atestiguar mi inocencia”. Esta frase sale de labios de un hombre humillado ante un Dios que no contestaba sus ruegos y ante amigos que no tenían una visión completa ni objetiva de la verdad.

Un tribunal de última instancia Job 16:19

Una vez más, ante la incomprensión de sus amigos, Job se queda sólo con sus pensamientos. En la soledad podemos experimentar manifestaciones de la presencia de Dios, pero también depresión espiritual, dudas y la angustia de sentirnos abandonados. Esta doble experiencia ha sido características de muchos siervos de Dios como David, Elías o Jeremías. Fue también la experiencia de nuestro Señor Jesús en la hora de máxima soledad, cuando fue traicionado, ultrajado y herido, cuando clavado en la cruz clamaría: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Pero Dios, aunque parezca oculto a nuestra conciencia, está obrando con propósitos perfectos; quizá la soledad y los desengaños nos hagan madurar y nos desapeguen de una confianza excesiva en los hombres.

Job está considerando su situación como si estuviera frente a un tribunal de última instancia al que está apelando, éste se encuentra delante del trono de Dios quien es su juez supremo. Como Job, todos nosotros tenemos conciencia de nuestra incapacidad de agradar a Dios en su perfecta santidad, por ello y al igual que Job requerimos de un abogado que asumiendo nuestra insolvencia nos represente como testigo y defensor ante el máximo tribunal.

Ciertamente todos los hombres temblamos ante la idea de Dios actuando como juez de nuestras vidas, pero ¿Nos hemos atrevido como lo hizo Job a pensar en Dios actuando como nuestro abogado defensor? Porque la Biblia revela en sus páginas que el mismo Santo y Todopoderoso Dios se ha dignado tomar la causa del hombre para abogar por él; siempre que éste reconozca su incapacidad y confíe en el único ser capaz de representarnos ante el juez: nuestro amado Señor Jesucristo. La única esperanza que tenemos los hombres es que el mismo Dios actúe como abogado defensor y asuma nuestra causa como suya.

El simbolismo del tabernáculo

Las carta a los Hebreos nos recuerda los símbolos de la nación y del culto israelitas. De esos símbolos, el tabernáculo fue el lugar erigido como el centro de las tribus que acampaban a su alrededor y desde donde Dios mismo se relacionaba con su pueblo. Dentro del mismo, un sacerdote oficiaba de mediador entre el pueblo y Dios accediendo una vez al año al Lugar Santísimo (el santo de los santos) delante de la presencia misma del Señor para presentar el sacrificio expiatorio para perdón de pecados. El autor de esta carta nos señala que todo simbolismo tuvo como propósito apuntar hacia la persona de Cristo (ver Hb 9:11-12,24-25). Como vimos en el estudio anterior, hoy el mismo Cristo que es Dios y es hombre está delante de la presencia del Padre y nos representa. Él es el testigo del que hablaba Job, quién durante su encarnación y mientras vivió en la tierra triunfó sobre el pecado (a diferencia de Adán) y por su autoridad aboga a nuestro favor.

Pero esa acción de Cristo sólo está a disposición de quienes renunciemos a tratar por nuestros propios medios de alcanzar justicia y dejemos que Jesús sea nuestra justicia delante de Dios el juez. Sólo cuando tomamos conciencia de cómo Dios nos escudriña interiormente y reconocemos nuestro estado frente al Dios santo, estamos en condiciones de humillarnos delante de Él y recurrir a su auxilio (ver Salmo 139). Ese temor, producto de nuestro fracaso moral, es el punto a partir del cual Jesús comienza su obra en nosotros cuando apela a su obra redentora consumada en la cruz, allí fue donde exclamó su grito de victoria: “Consumado es por siempre jamás”, esta expresión sella definitivamente su poder de librarnos de la muerte eterna y rescatarnos de las consecuencias del pecado. Por ello, cada vez que nos arrepentimos él recuerda a Dios el Padre y juez que su muerte incluyó cada uno de nuestros pecados y que él pagó por ellos. Entonces para todo creyente una enfermedad o cualquier aflicción, aunque sea una prueba dura y muchas veces inexplicable, no es la manifestación de la ira de Dios sobre nuestra vida pecadora porque, si hemos confiado en Cristo, somos libres de esa ira (1ª Te 5:9). Ciertamente Dios ha comenzado en todos nosotros su obra de redención y todavía deberá acabarla cuando finalmente en la gloria estemos libres de los efectos del pecado (Fil 1:6).

El redentor Job 19:25-26

En el capítulo 18 su amigo Bildad insiste en el argumento persistente de la maldad de Job, a lo que éste responde que Dios lo ha herido sin explicación (ver Job 19:8-11); pero unos versos más adelante expresa una verdad maravillosa y trascendente para la vida de todos los hombres de fe: “Mi redentor (Go'el) está presente y vive”, una vez más esta verdad sólo puede cumplirse en Jesucristo.

En el contexto hebreo, un redentor o goel era el pariente más cercano que se hacía cargo de la causa de otro pariente en caso de necesidad. En el libro de Rut, tenemos la acción de un redentor en el pariente de Noemí, Booz. Este pariente debía asumir la defensa del primo fallecido librándolo de agravios, sobreseyéndolo de toda culpa y cargo y asumiendo sus responsabilidades; por ello toma a su viuda como esposa y rescata así sus bienes y le asegura descendencia (Rut 4:13-17).

Job expresó que aunque él muriera, tenía un redentor, un pariente que oficiaría como su abogado y defensor y por medio del cual obtendría su absolución.

Al decir que aparecerá sobre el polvo, usa una figura oriental que sugiere que en algún tiempo futuro aparecería ese goel. Aunque no sabemos si Job tenía conciencia de la resurrección, por su frase da a entender que la existencia del hombre es tal, que algún día finalmente estará en presencia del mismo Dios a quien por fe consideró su redentor.

Lo cierto es que el Nuevo Testamento nos presenta al goel de los hombres en Hebreos 7:25. Cuando el autor de Hebreos habla de Jesús, hace referencia a un personaje del Antiguo Testamento llamado Melquisedec, quien era rey y sacerdote del Dios altísimo y a quien Abraham rindió pleitesía (Génesis 14:18); esa figura viene a representar a Jesús, el rey y sacerdote de los creyentes cuyo sacerdocio es inmutable delante del trono de Dios y por el cual intercede por siempre a favor de ellos.

Conclusión

- La Biblia nos detalla el misterio más maravilloso del amor de Dios: Él es el juez de toda la creación pero también el único abogado al que los hombres podemos acudir con la seguridad de que nuestra causa será atendida en su máximo tribunal
- Jesús es nuestro *goel*, nuestro pariente cercano (el nuevo Adán) quien además de vivir por siempre, aboga por nosotros y por nuestros pecados delante del Padre gracias a su obra redentora en la cruz
- El tabernáculo que erigió Moisés y el sacerdocio levítico fueron apenas sombras de la obra perfecta de Jesús, el gran sumo sacerdote eterno quién por su muerte ingresó al tabernáculo celestial (He 8:1-2)
- Job tuvo la luz espiritual para reconocer que su redentor estaba en el cielo y que era el mismo Dios, aunque sabía que pronto podía morir, estaba seguro de que su causa sería representada ante el trono de Dios (Job 19:27)
- Job no sufría su prueba como consecuencia de algún pecado particular, pero si aún nosotros fuéramos responsables de estar sufriendo a consecuencia de nuestro pecado, Jesús sigue estando a nuestro favor, ofreciendo su gracia salvadora y recuperando nuestra vida para la eternidad